

# La venganza del pirata

Carlos Schlaen



loqueleo1







[www.loqueleo.santillana.com](http://www.loqueleo.santillana.com)

© 2011, CARLOS SCHLAEN

© 2011, EDICIONES SANTILLANA S.A.

© De esta edición:

2016, EDICIONES SANTILLANA S.A.

Av. Leandro N. Alem 720 (C1001AAP)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina

ISBN: 978-950-46-4593-1

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina.*

Primera edición: enero de 2016

Coordinación de Literatura Infantil y Juvenil: MARÍA FERNANDA MAQUIEIRA

Ilustraciones del autor

Dirección de Arte: JOSÉ CRESPO Y ROSA MARÍN

Proyecto gráfico: MARISOL DEL BURGO, RUBÉN CHURRILLAS Y JULIA ORTEGA

Schlaen, Carlos

La venganza del pirata / Carlos Schlaen ; ilustrado por Carlos Schlaen. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Santillana, 2016.

208 p. : il. ; 20 x 14 cm. - (Azul)

ISBN 978-950-46-4593-1

1. Literatura Infantil y Juvenil. I. Schlaen, Carlos, ilus. II. Título.

CDD A863.9282

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

ESTA PRIMERA EDICIÓN DE 1.000 EJEMPLARES SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN EL MES DE ENERO DE 2016 EN ARCÁNGEL MAGGIO – DIVISIÓN LIBROS, LAFAYETTE 1695, CIUDAD AUTÓNOMA DE BUENOS AIRES, REPÚBLICA ARGENTINA.

# La venganza del pirata

Carlos Schlaen

Ilustraciones del autor

loquelego



La tibia brisa del Caribe se alteró por un brevísimo instante. Pese a que nadie a bordo del *Trinidad* pareció advertirlo, el capitán presintió una señal de peligro. Giró la cabeza y procuró vislumbrar algún indicio en el denso banco de niebla que habían dejado atrás, pero fue inútil. Allí no había nada, salvo la estela de su propio navío y un ominoso silencio de muerte.

El capitán se estremeció y trató de sobreponerse a esos sombríos pensamientos. Después de todo, el *Trinidad* era uno de los galeones más poderosos del virreinato y no había motivos para preocuparse, quiso convencerse.

No lo consiguió.

De repente, una nave oscura atravesó la bruma y, como una aparición espectral, avanzó velozmente hacia ellos. El capitán era un experto marino y en cualquier otro momento habría reaccionado de inmediato para evadirla, pero en aquella ocasión no pudo. La visión de un hombre en la



proa de esa nave lo había paralizado. A pesar de la distancia y de la niebla, lo había reconocido. Jamás olvidaría ese rostro. Era él, sabía que era él. Aunque también sabía que era imposible, porque ese hombre había muerto.

## CAPÍTULO 1

**E**l dispositivo electrónico contra incendios del Archivo General de la Nación se activó a las siete y diez de la tarde. Casi simultáneamente, una espesa columna de humo negro comenzó a brotar por la claraboya del techo.

A las siete y dieciocho llegó la primera autobomba, a la que no tardaron en sumársele otras, provenientes de diversos cuarteles de bomberos de la ciudad.

A las siete treinta la avenida donde se hallaba el edificio, de por sí congestionada a esas horas, era un caos indescriptible. Una desordenada multitud de patrulleros, ambulancias y curiosos dificultaba el paso del personal del organismo, que salía con ficheros, carpetas y otros objetos en un dramático intento por preservar del desastre aunque fuese una minúscula parte de la historia del país. En medio de esa febril actividad, a nadie le resultó extraño que uno de los guardianes de seguridad se abriera

camino entre la gente y se alejara de allí cargando una caja de cartón.

A las nueve de la noche todo había concluido y la avenida había recuperado su aspecto habitual. Los informativos de radio y televisión, que daban cuenta del siniestro, revelaban que se habría tratado de un inexplicable atentado provocado por cuatro poderosas bombas de humo. De hecho, el incendio jamás había ocurrido. Salvo algún principio de asfixia, ya superado, no había daño que lamentar.

A la mañana siguiente se supo que una caja con documentación antigua había sido hallada accidentalmente en un basural del conurbano.

Poco después, el portavoz oficial del Archivo General de la Nación confirmó que el material pertenecía al patrimonio del organismo. Se trataba de una donación reciente, aún no clasificada, y podía afirmar que, de acuerdo con el inventario, solo faltaría un objeto de escasa importancia: el cuaderno de bitácora de una desconocida fragata española del siglo XVIII.



Apenas los pescadores se alejaron del galeón, el capitán Fernando Baltasar Godoy encendió su pipa y sonrió satisfecho.

Desde hacía algún tiempo, la devastación y el pillaje habían vuelto a asolar las colonias españolas del Caribe. La piratería, que siempre había sido un perturbador flagelo en la región, había recrudecido con inesperado vigor en los últimos meses. Una verdadera flota, tripulada por los peores forajidos de los siete mares, sitiaba puertos, saqueaba ciudades y despojaba naves con la ferocidad de una jauría salvaje, sin que nadie, en apariencia, pudiese hacer nada por evitarlo. Ni las defensas costeras ni los barcos de la armada real parecían ser suficientes para contener sus asaltos, cada vez más frecuentes y despiadados.

Sin embargo, el capitán Godoy tenía un plan. Había estudiado al cabecilla de esa flota y estaba persuadido de que la formidable ambición que lo impulsaba sería, también, su condena y su perdición. Se hacía llamar “Capablanca” y era un corsario que, en más de una ocasión, había vendido sus servicios a diversas coronas europeas, a las que había traicionado sin excepción. La traición era su esencia. La única bandera que respetaba era la suya y el único límite que aceptaba era el de su propia codicia. Aprovecharse de ello era, precisamente, parte del plan de Godoy.

Capablanca tenía por lugarteniente a un pirata cuyo nombre pocos lograban pronunciar

sin que se les erizara la piel. Le decían “El Fantasma” debido a su inquietante habilidad para aparecer con su nave, en medio de la niebla o la oscuridad más impenetrable, y caer como un azote sobre las espantadas víctimas que la fatalidad ponía en su camino. No había bruma, tempestad ni arrecifes que lo detuviesen; él siempre los atravesaba. Tan perfecto era su arte para pilotar cualquier clase de embarcación, que no tardaron en circular rumores que lo vinculaban con poderes sobrehumanos, hechicería y hasta un pacto sellado con el mismísimo diablo. Se afirmaba, entre otras cosas, que sus ojos pequeños y helados eran capaces de ver, como los gatos, aun en medio de la más cerrada de las noches. Superstición o no, lo cierto es que la difusión de las hazañas del Fantasma comenzaba a molestar a su jefe. Capablanca era demasiado vanidoso para admitir más notoriedad que la suya y había empezado a mirar con recelo a su segundo.

El capitán Godoy lo sabía y contaba con ello. Era la otra parte del plan.

El último eslabón de la trama era la carnada. Se trataba del *Caledonia*, un enorme navío comercial que, por la naturaleza de su carga, era un botín muy apetecido. Pero sus sesenta y seis cañones y su gran velocidad no lo hacían una

presa fácil. Sin embargo, había corrido la noticia de que una tormenta tropical lo había averiado seriamente y que se hallaba varado e indefenso en algún lugar del Caribe. Era la situación ideal para atacarlo, solo que nadie sabía dónde se hallaba. Nadie que no tuviese un aceitado servicio de informantes entre los pescadores e isleños de las Antillas. Y el capitán Godoy lo tenía.

Había llegado el momento de poner en marcha el plan.



La chicharra del portero eléctrico sacudió la apacible penumbra del dormitorio y estalló en mis oídos con la sutileza de una gaita desafinada. Traté de ignorarla, pero el daño estaba hecho y el maldito aparato seguía sonando, así que salí de la cama, me arrastré hasta la cocina y, de un manotón, descolgué el auricular.

—¡¡QUIÉN ES...!! —grité con rabia.

—¿Juancho...? Soy yo. ¡Abrí...! —respondió una voz que conocía demasiado bien.

No era lo que esperaba. En realidad uno no espera nada a esas horas. Mucho menos a un *hacker* de hábitos nocturnos que rara vez se acuesta antes de desayunar y que jamás se detiene a pensar en la

inmensa mayoría de los mortales que vive al revés. Hacía un tiempo había empezado a trabajar y ni siquiera eso había logrado modificar su rutina. Debido a sus antecedentes, o tal vez a su prontuario, una empresa de comunicación satelital lo había contratado, irónicamente, para evitar que otros tipos como él se infiltraran en su red.

—¿Por qué no atendés el teléfono?! —me recriminó, no bien traspuso la puerta.

—No sé... Qué sé yo... —farfullé con pocas ganas de dar explicaciones—. No lo habré escuchado...

—¿Cómo que no lo escuchaste?!

—Y no..., no lo escuché. A veces pasa... —continué, con las mismas ganas que antes.

—A mí no.

—¡Bueno, a mí sí! ¡Sobre todo cuando duermo! —exclamé, malhumorado—. ¿Qué pasa con vos...?! ¡Son las cinco de la mañana...!

—Cinco menos cuarto —me corrigió, como si la diferencia mejorase las cosas.

No le contesté. Lo último que quería en ese momento era enfrascarme en un debate. Por otra parte, tenía la esperanza de que, si me mantenía callado y con los ojos entrecerrados, su presencia se desvanecería, igual que una pesadilla, y yo seguiría durmiendo.

Pero Federico no era una pesadilla fácil de desvanecer.

—¿Qué sabes de “Las lágrimas de Moctezuma”? —me desconcertó, acomodándose en el sillón más decente de la sala.

—¿Qué...?

—“Las lágrimas de Moctezuma” —repitió.

—¿Para eso me sacaste de la cama...?!

—Bueno... Yo te llamé por teléfono y vos no... —quiso argumentar, pero lo interrumpí con un gesto poco amistoso que entendió muy bien.

Yo también había entendido. Si quería sacármelo de encima, debía dejar de discutir con él. Y me senté en el otro sillón. Aunque era el incómodo, no me importó. Lo que tenía que decir era muy breve y estaba convencido de que en un par de minutos todo habría terminado y yo estaría de vuelta en mi cama.

Pero estaba equivocado. Muy equivocado. Esto recién acababa de comenzar...



El capitán Godoy no ignoraba el riesgo que corría cuando comenzó a alejarse del *Trinidad* en un pequeño bote auxiliar. Pero las condiciones que había pactado con el enviado de Capablanca



eran claras. Los dos solos en mar abierto, sin armas y sin testigos.

Había llegado al sitio de encuentro con anticipación para prevenirse de una posible emboscada y no fue sino hasta el puntual arribo de Capablanca que esas aprensiones comenzaron a disiparse. Su navío se dibujó en el horizonte a la hora señalada y sin escolta. Luego, tras detenerse a buena distancia del *Trinidad*, arrió las velas y un chinchorro similar al suyo fue bajado al mar. Era la señal. Acto seguido cada uno debía empezar a remar hasta encontrarse a mitad de camino. Y eso hicieron. Si Godoy hubiese dudado en seguir adelante con su plan, esa habría sido la ocasión para arrepentirse. Pero nunca dudó.

Pese a que el mar estaba sereno, la aproximación les demandó un buen rato. Hacía tiempo que Godoy no remaba y había perdido la costumbre de avanzar de espaldas, pero no volvió la cabeza para observar al otro en ningún momento. No quería hacer nada que pudiera ser interpretado como un gesto de suspicacia.

Al fin estuvieron a la par. Primero vio la proa del chinchorro, deslizándose junto al suyo, y enseguida el perfil oscuro de Capablanca recortándose en la luminosa mañana caribeña. Si bien sabía muchas cosas de ese hombre, era la primera vez que lo tenía enfrente. Su aspecto era más impresionante de lo que

